

ESTUVO activo hasta el final. Esta semana, Leopold Stokowski iba a entrar en unos estudios de grabación londinenses para dirigir la "Segunda Sinfonía" de Rachmaninof. Pero la muerte le sorprendió el pasado martes, mientras dormía en su casa, situada en un pueblecillo inglés. Tenía noventa y cinco años, pero acababa de firmar un contrato con el sello CBS por el que se comprometía a grabar discos hasta 1982. "Entonces, con los cien años cumplidos, ya hablaremos sobre mi posible retiro", decía.

Con su fallecimiento se cierra una carrera fabulosa, que siempre estuvo rodeada de misterio, controversia y hasta escándalo. La mera cuestión de su origen ha estado envuelta en confusión. Su padre era polaco, su madre descendía de irlandeses y él vino al mundo en Londres; sin embargo, hablaba el inglés con un fuerte acento ruso, un hábito que algunos escépticos explicaban por su afán de cargarse de una aureola exótica, muy conveniente para un pobre muchacho que llegó a USA a principios de siglo como organista. En los últimos tiempos se irritaba enormemente cuando alguien le recordaba que había nacido en 1882, asegurando que tenía cinco o diez años menos. Una manía que se explica por su devoción a la juventud. En 1940 organizó la All-American Youth Orchestra, demostrando que una agrupación formada por músicos jovencísimos podía competir con cualquier orquesta sinfónica profesional. A partir de entonces siempre buscó el contacto con los jóvenes, tanto en su público como en sus instrumentistas, en su vida profesional y en sus amistades. Según explicaba, "ellos son la savia del mundo nuevo y yo vivo en ese mundo nuevo".

Claro que Stokowski siempre estuvo a favor de la renovación. Incluso cuando era un director poco conocido arriesgó su puesto preparando programas de música contemporánea que asustaba a los pacatos aficionados norteamericanos y aun a los críticos. Experimentaba con la disposición de los instrumentos e incluso utilizó instrumentos eléctricos como el órgano Hammond o el "theremin". Fue el primero en dirigir sobre un escenario americano obras como "La mano feliz" (Schönberg), "Edipo Rey" (Stravinsky) y "Wozzeck" (Berg). No obstante, estas irreverencias vanguardistas fueron más toleradas que sus transcripciones



STOKOWSKI: UNA VIDA APURADA HASTA LA ÚLTIMA GOTA

DIEGO A. MANRIQUE

orquestales de la "Tocata y fuga en re menor" y otras piezas. El no se inmutaba ante las críticas: "Bach hubiera hecho lo mismo si hubiera tenido a su disposición la Sinfónica de Filadelfia". Para él, las partituras no eran materia sagrada e intocable, sino "un papel con algunos garabatos al que tenemos que dar vida".

Como proclama el título de su famoso libro, Stokowski creía en llevar la música a todo el pueblo.

Por eso —y por otras razones menos idealistas— en 1937 abandonó Filadelfia para trabajar en las fábricas de sueños de Hollywood. Incluso apareció como actor —representando a un director de orquesta, naturalmente— en "Loca por la música" ("100 men and a girl", 1937). Pero de esta época se recordará sobre todo "Fantasía", una de las obras maestras del cine de animación donde Stokowski unió la música de los gran-

des compositores europeos con la imaginación de los dibujantes de los estudios de Walt Disney.

Huelga decir que Stokowski alcanzó una inmensa popularidad en los Estados Unidos. Un disco suyo que combinaba "El Danubio azul" con "Cuentos de los bosques de Viena" vendió millones de copias y la imagen de aquel hombre temible que dirigía a los mejores músicos del mundo sin usar la batuta fue fotografiada una y otra vez. El rigor de sus ensayos, sus arrebatos de indignación cuando reprendía al público con palabras duras —pero preparadas de antemano—, su agitada vida sentimental —incluyendo un sonado idilio con Greta Garbo y un comentadísimo matrimonio con la millonaria Gloria Vanderbilt—, su divismo (focos apuntando a sus manos— y todo lo demás le hicieron lo que hoy llamaríamos una superestrella. Y, sin embargo, no era el ser frívolo, narcisista y temperamental que su vida pública hacía imaginar.

Jan Sibelius declaró en cierta ocasión que Stokowski era un hombre interesante y un hombre muy interesado, pero no precisamente por la música. En sus escritos comentaba aspectos de las religiones primitivas, de la cultura oriental, de cuestiones filosóficas o políticas. En 1960 rompió unilateralmente el contrato con la Sinfónica de Houston cuando los directivos se negaron a contratar un coro de un colegio negro para la interpretación de "Canciones de Gurre", de Schönberg; Texas se hubiera horrorizado de ver juntos en un escenario a cantantes blancos y negros. Unos años más tarde, cuando organizó la Orquesta Sinfónica Americana, se preocupó que la composición del conjunto reflejara la presencia de los grupos marginados (mujeres, negros, orientales, etc.) de la sociedad norteamericana. Por otra parte, muchos de sus desplantes y de sus llamadas "extravagancias" —en cierta ocasión intercaló "La Internacional" en un programa convencional— hay que entenderlos como cortes de manga a las gentes adineradas y reaccionarias que en USA mantienen económicamente la música sinfónica y la ópera. Ese no era su público preferido, aunque también supo ganarse su favor.

Figura carismática, personaje paradójico, artista irreverente, propagandista incansable, director discutible, Leopold Stokowski fue un hombre de su tiempo a lo largo de sus noventa y cinco años de existencia plena y fecunda. ■